

MI PROTESTA



## MI PROTESTA

L a desgracia de sufrir  
tantos y tantos dolores;  
el deber de resistir,  
para vivir, sus rigores,  
no embotan mis sentimientos...  
¡No, para siempre me clavan  
en la Cruz de mis tormentos!  
No acaban mis sufrimientos.  
No acaban... ¡y no me acaban!



Yo, que jamás conocí  
la costumbre del placer;  
que la tortura sufrí  
de tan largo padecer;  
que padezco, sin cesar,  
tanto daño destructor,  
tampoco puedo lograr  
acostumbrarme al dolor.



En el fondo de mi ser  
late perenne protesta  
contra la angustia que siento;  
el afán, por no ceder,  
del ánimo que me resta;  
¡quizás del último aliento!



Vanas serán; pero en tanto  
que lucho contra el espanto  
del lúgubre porvenir,  
rigen ellas mis acciones;  
son poderosas razones  
que me fuerzan á vivir.



¡Es, ay, tan honda amargura  
la de ver tanta hermosura  
por el mundo repartida,  
y no poder ni aun gozar,  
en calma, con admirar  
la hermosura de la Vida!...



LA CANCIÓN QUE NO ESCRIBO...



## LA CANCIÓN QUE NO ESCRIBO...

...Interrumpe, de pronto,  
la calma del silencio,  
un alegre murmullo,  
que llega desde lejos;



como una leve música  
de sonidos muy gratos;  
como una leve risa,  
que se fuera acercando.



Es el rumor del agua  
que retorna, que llega;  
que vuelve ya corriendo  
por la limpia *cacera*.



Con sus notas alegres,  
que se van acercando,  
todo el huerto despiértase  
de su dulce letargo.



La misma brisa leda  
parece que retorna,  
los árboles moviendo,  
más viva, más gozosa...



Las flores, un instante,  
se yerguen en sus tallos,  
y renuevan, al punto,  
sus canciones los pájaros.



Ya el agua viene cerca;  
veloz y bulliciosa.  
Ya deleita el murmullo  
con vivísimas notas.



Ya la música suena  
más vibrante, más grata.  
¡Ya las risas menudas  
son grandes carcajadas!



Ondas del agua, libres;  
ondas del agua nueva,  
que corréis, tan veloces,  
por la limpia *cacera*:



seguid, seguid cantando,  
cantad, risueñas, siempre;  
sois la canción que torna,  
con las aguas que vuelven...



¡La canción que no escribo..!  
¡Ni lo intento siquiera!  
La canción que es, no obstante,  
mi canción predilecta.



Canción de paz, de amores;  
canción de luz, de vida;  
¡la hermosa, la vibrante  
canción de la Alegría!





Bendiga Dios mis sueños  
cuando son prolongados y tranquilos.  
Por ellos, solamente,  
me permiten un punto de reposo  
mis grandes enemigos;  
los que acrecen, por horas,  
mis terribles suplicios;  
los que alimentan, sin cesar, el fuego  
de las llamas voraces en que vivo.  
El mayor, sobre todo,  
y el más terco: yo mismo.





¡Ay, mis hondos sufrimientos!  
¡Quién me diera  
la palabra verdadera,  
que dijera,  
ciertamente, mis tormentos!



¡Querer, y en vano querer,  
por ausencia del poder,  
que no acude! Discurrir  
un discreto proceder,  
con un honrado sentir,  
bienhechor;  
noble, cabal. ¡Y no hacer,  
ni medio hacer, lo mejor! . . .  
¡Sino lo posible! ¡Cielos!  
¡Qué terribles mis delirios,  
mis martirios,  
mis anhelos!

¡En vano será que intente  
traducir todo mi espanto,  
toda mi angustia creciente! . . .  
¡Y el mundo juzga, entretanto,  
por lo que ve, solamente!

LA CALLE DE LA AMARGURA



## LA CALLE DE LA AMARGURA

Pudieron contra mí. Quienes pagaron  
mi amor con sus desdenes,  
mi honradez con engaños miserables...  
¡Hartos, jamás! ¡Jamás!! ¡Infames siempre!



Con mi angustia gozaron, procurándola,  
cual hoy celebran mis torturas, viéndome;  
viendo que en vano me revuelvo y lucho  
sobre el potro feroz en que me tienen.



Pudieron contra mí. Ya la fatiga  
de mis males me vence.  
Ya se rinden, se rinden por momentos,  
mis ánimos, inermes.



Cierro mis ojos á la luz del día,  
luz de sol, refulgente.  
No resisten mis ojos  
la fuerza con que esplende.



Huyo, — ¡pobre de mí!, — de los lugares  
donde resuenan músicas alegres.  
Las vivas y ruidosas vibraciones  
de sus notas me ofenden.



Niego mis labios al gustoso vino,  
que excita, y enloquece  
con la visión radiante del ensueño,  
y la emoción intensa de la fiebre.



Vuelvo la vista, si á mi lado pasan  
hermosas las mujeres,  
para esquivar, sin verlas, el hechizo  
de su belleza en flor, que á flor trasciende.



Ni el estudio, tan dulce, tan amado,  
solaces me consiente;  
ni en el solaz de pláticas amables  
mi atención dolorida se entretiene.



Sensaciones de espanto, de zozobra,  
 turban, conturban, mi cerebro débil;  
 triste, con la tristeza del espacio  
 cuando la tarde que declina muere.



No vivo ya. Vegeto. Sin pasiones...  
 En honda calma estéril...  
 Sin gustos con que el gusto se estimule,  
 sin ilusiones que á luchar me lleven,



¿á qué la vida ya? Vida no quiero  
 que es vida, solamente,  
 de lento padecer, de intensa angustia,  
 de sed constante, de gemir perenne.



¡Dios, que miras mi trágico martirio!,  
 ¡Dios santo!, ¡Dios clementel!  
 ¡dame que al fin absténgame de todo!  
 ¡sin sufrir!, ¡por la Muerte y en la muerte!





Nunca te llegué á agraviar.  
Mas, ay, que en vano, Señor,  
quiero luchar y luchar  
contra mi horrible dolor.  
¡Misericordia, Señor!



Por el afán que me guía,  
solamente seguiría  
senda llana,  
recta vía;  
soñando con un mañana  
todo luz, todo alegría.

Y en vano pretendo ya  
discurrir y proceder  
á mi modo.

Algo terrible, que está  
trocando todo mi sér,  
puede en mi sér contra todo.



Esta inquietud espantosa,  
—que me enloquece, me ciega,—  
del cuerpo que no reposa,  
del alma que no sosiega;  
esta gran exaltación  
de todos mis sentimientos,  
que nubla ya mi razón,  
por momentos.



Bien lo juzgo, bien lo miro,  
y en vano quiero luchar.  
Y al fin deliro, deliro . . .  
¡de no querer delirar!



¡Misericordia, Señor!  
No hay en el mundo consuelos  
para mi horrible dolor,  
para mis locos anhelos.  
¡¡Misericordia, Señor!!



Con el terror de mi muerte,  
siento un terror infinito,  
que nace en mí, de mis penas,  
y que es algo más que mío.  
Terror que dice su angustia  
con inefables suspiros,  
y que á mi cuerpo trasciende  
con un largo calofrío.  
Terror de seres sin nombre,  
y apenas en mí nacidos;  
que no llegarán al mundo;  
que van á morir conmigo,



Pensamientos que en mi mente  
bullís, y que sois mis *hijos*;  
malogrados pensamientos  
de mis malogrados libros:  
os asesinan las artes  
de mis propios asesinos.  
Os aborrecen, y os matan,  
por eso: porque sois míos.



Sentid, como yo, las grandes  
tristezas de nuestro sino;  
mas ¡no suspiréis! En frente  
de tan viles enemigos,  
antes de morir, tengamos  
el valor de maldecirlos.



ENLOQUECIENDO